

LA HISTORIA DE ISAAC

INTRODUCCION

Constituye hoy todo un problema la forma de aproximación a los relatos bíblicos. Se trata de ser fieles al texto y al mismo tiempo producir una lectura que no sea extraña al universo cultural de los lectores.

¿Cómo mantener en la lectura de un texto como el que presentamos el discurso sobre la fe y la inevitable sospecha sobre la historicidad del mismo?

¿Cómo evitar seleccionar el análisis y forzarlo sólo a lo aceptable por una cultura racionalista y atea como la que nos rodea?

Para ello deberemos abandonar la pretensión de "conocer" la experiencia humana del personaje Abraham, aceptar que la historia nos llega por la mediación de sus redactores, tratar de descubrir cual es el sentido del texto en las relaciones que se establecen entre los personajes. Una vez descubiertas estas relaciones y respetándolas podemos dejar libre nuestra fantasía y jugar a interpretar nosotros también. Tomar los relatos en el nivel de relatos nos permite evitar los atolladeros históricos cuya resolución está fuera de nuestro alcance. También evitamos el peligro de, para hacerlos asimilables a la actualidad, mutilarlos. Podemos descubrir en los personajes y en los acontecimientos el misterio de la comunicación de la fe sin pretender "explicarla".

Dios ha hecho un pacto unilateral con un elegido. La relación con Dios es más fuerte que cualquier razonamiento o sentimiento humano de ese elegido.

Esta es la experiencia de fe del pueblo de Dios que quieren transmitir los narradores, no la experiencia de un hombre del siglo XIX-XV a.C. Es un relato más de las iniciativas de Dios con el hombre.

Es en posesión de esta postura que contamos con el auxilio del arte teatral para aprovechar las inmensas riquezas del texto.

Una lectura de Gn 22, 1-19

Hay historias tan conocidas, tan repetidas una y mil veces por generaciones que no dudamos en incorporarlas rápidamente a nuestra (limitada?) cultura literaria, sin preguntarnos si alguna vez las hemos leído en sus textos originales.

Perdemos así mucha riqueza contenida en esas narraciones, muchas posibilidades ofrecidas a la imaginación porque todas esas historias inacabadas, están abiertas al misterio como también están abiertos al misterio los seres humanos que las protagonizan.

Tal es el caso de la historia de Abraham y de su hijo Isaac, salida de la pluma de un escritor o compilador de tradiciones, al que los entendidos llaman el Elohista y de quien se supone escribió allá por el siglo VIII A.C.

Son casi tres mil años de lecturas y comentarios, de análisis y justificaciones, de aceptaciones y rechazos. Pero hay un consenso que recorre, intocado, los tres mil años: la historia tiene un personaje principal que es Abraham. El tema es la fe del Patriarca, su obediencia extrema, su drama íntimo y la feliz resolución del mismo.

Casi nadie recuerda que son dos los actores del drama y que así como se puede vivir hasta el infinito la tragedia del padre, también el hijo la padece y no desde la madurez de una fe vivida, sino desde la intuición y el desamparo.

Vaya, pues, un pobre intento de explorar el alma de un niño enfrentado al miedo, a la angustia, asistiendo al derrumbe del pilar que debe sostener la fragilidad de la infancia: la protección del padre.

La escena tiene lugar en el país de Moriá. Abraham, su hijo Isaac y dos criados han terminado de cargar un asno con leña y se aprestan a partir. Avanzan penosamente entre los cerros. Al tercer día Abraham se detiene al pie de un monte, ordena a sus criados que lo esperen, carga a su hijo con la leña que hasta allí había transportado el asno y ambos inician el ascenso.

No parece una situación feliz. Abraham está mudo, su actitud es dura, ausente. Isaac lo sigue, extrañado.

Isaac.- Padre, te confieso: hace dos días que tengo miedo, mucho miedo.

¿Por qué te comportas de manera tan extraña? Tu eras siempre, acogedor y comunicativo. Ahora fuerzas un silencio y tu silencio me envuelve, me empuja hacia afuera como si fuera un extraño actuando

entre nosotros. Lo siento como una presencia impuesta, dolorosa y opresiva.

- *Abraham.*- Te equivocas hijo, estoy contigo, calla y sigue.

-

Isaac.- Padre, me habías invitado a orar contigo en la cima, por eso dejamos a nuestros compañeros. Me cargaste con la leña y tú llevas fuego y cuchillo. Entiendo que haremos un sacrificio a nuestro Dios.

- *Abraham.*- Eso es lo que haremos, sacrificar a Dios como El lo quiere.

-

Isaac.- Es que yo pensaba gozar de un día maravilloso, un día especial como tantos otros que hemos vivido, cuando tú te mostrabas dispuesto a trasmitirme los secretos de tu espíritu...Y ahora, todo lo contrario parece reservar algo que no quieres confiarme.

Abraham.- El único secreto que yo guardo es la confianza en los caminos que elige el Señor.

Isaac.- Padre: yo sé que Yahvé-Dios puso sus ojos en ti. Eres un elegido. Por eso dejaste todo y te hiciste peregrino de estos desiertos sin fin, de estas tierras inhóspitas, de estos valles prometedores pero ajenos. Tienes algo muy grande entre las manos. Y yo sé que soy parte importante en ese proyecto que hay entre Dios y tú.

Abraham.- Tienes la cabeza llena de sueños. No me convencerás. Obedece y camina.

Isaac.- No eran sueños. Tú me lo decías. Por mí abandonaste a tus otros hijos. Sólo a mí me hablabas de un futuro extraordinario, de una

multitud de gentes tan numerosa como las estrellas del cielo destinada a ocupar la tierra entera, tierra de abundancia, de felicidad y de paz.

Abraham.- No encontrarás otra felicidad mayor que la de ponerte en las manos de Yahvé, tu Dios.

Isaac.- Pero siempre te he oído decir que tú y después yo, y después de mí otros, y muchos otros, seríamos jefes de este pueblo consagrado a Yahvé. Así conseguiríamos la felicidad como sólo se logra siguiendo los caminos del Señor.

Abraham.- Sólo esto último que has dicho es verdad.

Isaac.- No, padre, tú me explicabas todo el plan de Dios y yo lo entendía bien, bebiendo tus palabras y a veces sin necesitar de palabras, simplemente dejándome penetrar por la luz que había en tus ojos. No me hablabas de obediencia ciega, me hacías soñar con cosas muy reales, muy a nuestro alcance...

Abraham.- Isaac, calla y camina.

Isaac no entiende lo que pasa. Se queda un paso atrás y murmura:

“Desde hace dos días..... ninguna conversación, ninguna alegría entre nosotros. Sólo caminar y en silencio. Silencio duro, pesado como nuestras piernas en el esfuerzo de la subida. Un silencio muy distinto al de la meditación. No lo hacíamos así otras veces. ¿Qué le pasa a mi padre? ¿Qué lo ha hecho cambiar tanto?”

Isaac no se resigna e insiste

Isaac.- El terrible silencio de ayer no lo entendí, padre. Una vez te miré y lo que vi me hizo temblar. No había vida en tu rostro. ¿Podrá ser que Yahvé-Dios te haya llamado de nuevo?

Abraham.- Sí, me ha llamado.

Isaac.- No lo creo. Si así fuera se notaría en tu mirada. Habría luz, fuerza y ese impulso que tan bien conozco. En cambio, muestras sombra, muerte, vacío y una absoluta desolación.

Abraham.- Ya estamos llegando.

Isaac.- Sí, pero no sé para qué hemos venido, para qué hemos caminado tanto. Tú no tienes alegría. ¿Así vas a sacrificar? Dios no recibirá tu ofrenda. No la estás haciendo con tu corazón. Luchas, padre. ¿Contra qué luchas? ¿Qué fuerza está enervando tus energías, tu optimismo, tu proyecto? ¿Qué ha causado semejante derrumbe en tu alma?

Abraham.- Falta poco Isaac. Prosigue caminando. Yo conduzco.

Isaac.- Padre, tú conduces pero ¿cuál es el motivo de nuestro andar? Hemos olvidado el cordero. ¿Qué sacrificio vas a ofrecer ?

Abraham.- No te preocupes hijo, Dios proveerá...

Siguen avanzando, envueltos en el mismo silencio.

Cuando llegan al lugar elegido Abraham comienza a levantar un altar.

Isaac observa de lejos e interpela a su padre con el pensamiento.

Isaac.- Sabes, padre, cuando te observo, firme y seguro, construyendo el altar, me doy cuenta que no es contra Dios tu lucha interior. Temo ser yo la causa.

¿Cuál puede haber sido mi falla? Estoy aturdido. ¿ Puede un hijo causar tanto dolor al padre al que ama?

Abraham.- Ven, hijo. Ya está. Yahvé Dios ha dispuesto un nuevo ritual. Es algo que supera nuestra capacidad de comprender. Pero es lógica de Dios.

Isaac.- (caminando hacia el altar). Ah! Qué alivio, padre, ahora entiendo. Dios quiere un rito nuevo, otra forma de sacrificio y tú, padre, no acertabas con la manera de realizarlo...

Abraham.- Sube, todo está pronto.

Isaac.- Padre, no te turbes, creo entender lo que pasa. Lo he aprendido de ti. Lo que Dios pretende es que con nosotros se inaugure un mundo nuevo. Basta ya de sangre y de violencia. Hemos sido elegidos para transformar ese mundo. No más carneros inmolados , carne destrozada, vida aniquilada para que la sangre calme la sed del suelo; no está bien aunque sea la tradición. La sangre de animales de alguna manera llama a derramar la sangre de los hermanos. Eso es lo que Dios quiere cambiar. Está harto de sacrificios cruentos, sólo pide fidelidad y oración...

Alegrémonos, pues, y vayamos a lo nuevo...

Isaac sube, Abraham permanece incommovible y lejano. Toma a su hijo, lo abraza y lo levanta.

Isaac.- ¿Qué es esto? ¡¡Me ataste, padre !! ¡¡ Me pusiste encima del altar !! No me dices nada y tus ojos me evitan. Te desconozco, no vive más en ti el aliento de Yahvé que llenaba tu alma... Pero sí hay un gesto de ferocidad en tu brazo.

¿Dónde está tu amor hacia mí tantas veces proclamado? ¿Dónde la armonía de nuestro mundo y el de Dios? ¿Dónde el futuro, la esperanza, las promesas? ¿Era todo una enorme mentira?

Isaac gime, esconde su cabeza y espera respuesta. Como nada sucede, después de un largo rato abre los ojos. Ve a su padre caminando hacia un matorral donde un carnero ha enredado sus cuernos. Lo toma y lo lleva hacia el altar, baja a su hijo y consume el sacrificio habitual. Isaac está todavía muy confundido.

Ambos, padre e hijo, inician el descenso. Otra vez el silencio duro y opresivo.

Isaac.- Padre ¿ me explicarás algún día lo que acaba de suceder? Anunciaste algo nuevo y hemos hecho lo de siempre. Yo sigo con miedo. Tú has cambiado la actitud. Dime, ¿todo esto que ha sucedido, mi terror incomprensible de un instante, es producto de mi excesiva imaginación?

Abraham.- Si permaneces fiel toda tu vida, lo entenderás.

Isaac.- No se si voy a comprender alguna vez, porque algo se quebró dentro mío. Sentí como si estuvieras padeciendo una exigencia desgarrante,

como si algo se hubiese interpuesto entre nosotros, como si Dios te estuviera diciendo: "O tu hijo o Yo". Entiendo que esto no puede ser así. Dios no puede destruir lo que él mismo construyó.

Abraham.- No es esa la opción. Simplemente quiero que aprendas que a lo largo de tu vida, (y yo le estoy pidiendo a Dios una larga vida para ti), aquello que trates de conservar lo perderás y lo que seas capaz de entregar, eso ganarás.

Isaac.- Es que por un instante – y fue solamente un instante – pensé que yo podía ser el cordero del sacrificio. ¡ Qué pensamientos tan absurdos pueden surgir del miedo!
Me entiendes, verdad? Mi debilidad fue ese solo relámpago. El relámpago del cuchillo que me pareció ver en tu mano, el derrumbe de la muerte sobre mí, pero cuando giré la cabeza, te encontré de nuevo, mi padre bueno, mi padre de la confianza, cálido, firme y seguro dirigiéndose a tomar el carnero...

Abraham.- Nunca olvides que los caminos de Dios no son los caminos de los hombres...

Isaac.-¿Cómo se desvió tanto mi alma? ¿Cómo pude pensar que mi padre me fallaría?
Me avergüenzo de sólo insinuarlo. Y te estoy pidiendo, ahora, que me digas si pasó algo que yo no pude percibir, si la tormenta que creí sentir en tu alma era tal o la inventé yo.
Padre, por favor, dímelo en seguida...!

Abraham.- No intentes conocer de antemano los designios de Dios, sólo viviendo se lo experimenta.

Isaac.- Pero, padre, yo no puedo dudar de ti...

Tú no puedes dudar de Dios...

Necesito una explicación, necesito saber, padre...!

No sabemos si alguna vez hubo aclaración entre padre e hijo.

No sabemos si Abraham aceptó como justa la prueba a la que fue sometido.

No sabemos qué cambios tuvo, si los tuvo, la instrucción de Abraham a su hijo.

Sí sabemos que una fe tan duramente fortalecida ha recorrido tres mil años de historia humana y va por mucho más...

Sí sabemos que los logros puramente humanos son maravillosos, que las potencias humanas son ilimitadas pero no se comparan con lo que el hombre puede realizar cuando tiene los ojos puestos en Dios, cuando puede perder todo lo que tiene porque confía en un resarcimiento mayor.

Sí sabemos que la vida nace de la humedad profunda de la tierra, de la oscuridad del seno materno, de la aparente irracionalidad de la fe.

CONCLUSION

No violentamos el texto si jugamos con un personaje, aún inmaduro y dependiente, Isaac. Isaac vive aún a través de su padre. Tiene la fe que este le transmite, conoce sus planes, pero aun no ha descubierto la obediencia incondicional y la confianza absoluta. Por eso teme, por eso duda. Escoger al Dios de Israel es poner en él una fe total. Esta es la lección de moral religiosa del presente capítulo.